

HISTORIA DE LA ACTIVIDAD MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DE LOS MISIONEROS DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE

Emanuele Lupi, CPPS

Quisiera agradecer, ante todo, al Consejo General por la invitación que me ha hecho a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la historia de la actividad misionera de nuestra Congregación. Debo decir que la primera cosa que he pensado ha sido la de limitarme a las fuentes que se pueden encontrar en nuestro Archivo General, que son las siguientes: los “Libros de los Congresos de la Dirección General”, las Actas, las crónicas y los borradores preparatorios de las Asambleas Generales, los talleres y, por último, las reuniones de los Superiores Mayores (“Meetings of the Major Superior” - MMS) recogidas en el Archivo General bajo el título *Acta Conventuum Curiae Generalis et Directorum Provincialium et Vicariatorum*.

Pero se me ha pedido que ofreciera un panorama histórico del tema en cuestión utilizando también, y sobre todo, la documentación más reciente. Contraviniendo las leyes archivísticas, según las cuales las fuentes de archivo no pueden publicarse antes de haber pasado 70 años (por lo tanto, las fuentes posteriores a 1939 en nuestro caso), incluiré también hechos y nombres de personas que todavía viven. Por lo cual, pido disculpas a quienes se sientan aludidos en la presente exposición.

Soy consciente, como seguramente también ustedes, de que esta conferencia constituye el comienzo y un estímulo para ese diálogo que “deberá continuar en los años futuros”, como dice la carta de invitación a este encuentro que se les ha enviado. Todo esto quiere hacerse en fidelidad a las resoluciones de la XVIII Asamblea General (extraordinaria) celebrada en Roma en septiembre de 2004, que en sus resoluciones finales invita al Moderador General y al Consejo General, en consulta con los Superiores Mayores, a elaborar un plan para la Misión. Un plan que incluya la formulación de una “Teología de la Misión” que represente la síntesis de nuestra tradición CPPS y constituya la base necesaria para las programaciones futuras que se harán en nuestra Sociedad.

Llamados a “dar comienzo dentro de la Congregación a conversaciones que lleguen a producir una visión, una teología y una espiritualidad comunes sobre el tema de la misión” emprendemos nuestro viaje dentro de la historia.

I. El comienzo de las conversaciones

15 de marzo de 1985 se reunía el Consejo General en la Abadía de San Felice, en Giano. Una buena parte de ese encuentro se dedicó al tema de la Misión. A juzgar por el modo cómo el padre Flaherty subrayaba la importancia de una “Declaración sobre la Misión”, resultaba claro que en la Congregación todavía no existía una formulación al respecto. El Secretario General de entonces, p. Cera, escribe que Flaherty estaba muy empeñado en hacer notar la importancia de una “Declaración sobre la Misión” para nuestra Congregación. Afirmaba que en las Asambleas anteriores se había dedicado mucho tiempo a tratar otro tipo de temas pero se había dado poquísimos espacio al tema de la Misión. A pesar de que el tema de la Misión representaba una prioridad tan central en nuestro Instituto que debería considerarse el pilar sobre el cual se basa toda nuestra Obra.

Permítanme decir que éstas son palabras proféticas que, analizadas a la luz de los acontecimientos sucesivos, allanan el camino para una larga reflexión sobre nuestro pasado,

constituido de oportunidades muchas veces perdidas, a juzgar por la denuncia claramente formulada por nuestro hermano.

A qué se refería el padre Flaherty? Hasta ese 15 de marzo de 1985 se habían celebrado en la Congregación 13 reuniones de Superiores Mayores (MMS)¹, y relejendo las actas de todos esos encuentros no he encontrado jamás el tema de la Misión. Las MMS comenzaron en 1969, se celebraban todos los años (todavía no eran semestrales) en distintas sedes de las distintas provincias con el objeto principal de revisar y estudiar los que hoy llamamos Textos Normativos, y que forman parte del cuerpo legislativo de la Congregación.

Las mismas Asambleas Generales, tanto ordinarias como extraordinarias, que comenzaron a celebrarse recién a partir de 1896, hasta ese momento (ya se habían celebrado 13) todavía no habían tocado directamente el tema. Había habido intercambios de ideas en diversas ocasiones, pero no en el contexto de la formulación de una “Declaración sobre la Misión” que condicionara las propias Asambleas Generales y las elecciones de sus candidatos. El padre Flaherty proponía claramente que se relejera y reorientara toda la obra de la CPPS a partir de la Misión, tal como lo subrayarán el Padre Lucas Rodríguez y otros en la MMS celebrada en Kufstein en 2000. La CPPS se caracterizará y mostrará su peculiaridad en base a la actividad misionera que esté en condiciones de desplegar. En la visión del Padre Flaherty, la Misión debe ser la clave de lectura y el punto de partida de la refundación de nuestra Congregación. Pero esto requiere reflexión y, sobre todo, una gran capacidad de saber interpretar las necesidades que la sociedad hodierna nos muestra en el *presente* histórico y en el lugar geográfico en los que trabajan los hijos de San Gaspar. En este contexto cobran mayor vigor las palabras pronunciadas por el Padre Andrew Pollack el 8 de octubre de 1947, cuando durante una sesión de la Asamblea General que lo eligió Consejero dijo que en el fondo “no nos corresponde a nosotros establecer cómo tenemos que servir a la Iglesia sino que es la Iglesia la que debe establecer cómo tenemos que servirla”. El Papa, la Iglesia, pidieron a San Gaspar que hiciera lo que ha hecho; la Iglesia misma continúa pidiéndonos lo que quiere de nosotros. Por eso, en uno de los pasajes del informe sobre “el estado de la Congregación” presentado durante la Asamblea General de 1989 el Padre Anton Loipfinger subrayará que nuestra comprensión del apostolado debe ser suficientemente amplia como para que todos puedan compartirla, pero también suficientemente concreta como para que tenga consecuencias prácticas.

Quince años después de ese discurso, que de hecho marca el comienzo de una reflexión que todavía prosigue, se reconocerá en la palabra “Refundar” la clave y el motor principal que impulsaron los debates que tuvieron lugar durante la Asamblea General especial de 2004. En el *Instrumentum Laboris* de aquella Asamblea, pero también en la reunión de los Superiores Mayores celebrada en las Cataratas del Niágara en septiembre de 2002, había surgido de manera muy explícita esta exigencia de revisar la acción misionera de la Congregación.

En el discurso inaugural de aquella Asamblea, el P. Barry Fisher hizo hincapié en que el tema de la “refundación” no afectaba al núcleo central de la Congregación en cuanto tal, sino que era una invitación a vivir y trabajar en fidelidad creativa. Se trata de rescatar la energía y la dirección de San Gaspar. En el fondo, como nos recuerda el Padre Barry, la CPPS está fundada sobre la Misión, en la que encuentra su fuerza y su razón de ser. Fuera del contexto de la Misión la CPPS no tendría razón de existir.

¹ Es interesante señalar que a partir de entonces ha habido otras 17 reuniones de Superiores Mayores, incluida la de Bangalore en 2008.

“Rescatar la energía de San Gaspar”. Ésta era la invitación del Moderador General de ese momento, pero ¿qué significa eso? Tendríamos que repasar un poco la historia de nuestros orígenes, y permítanme que lo haga a partir de un documento, a mi modo de ver excepcional, que he encontrado casi por casualidad en el Archivo de Estado de Roma, y que de hecho es la única fuente utilizada en este estudio que no viene de nuestro Archivo General.

Haciendo una reconstrucción lógica del escrito se podría captar que seguramente ha sido compuesto antes de 1841 (probablemente en 1840) y que el autor es un eclesiástico o un laico cercano al mundo eclesiástico y que conoce bien nuestra Congregación. El título del escrito es: “Riflessioni sulle Regole della Congregazione dei Missionari del Preziosissimo Sangue” (Reflexiones sobre las Reglas de la Congregación de los Misioneros de la Preciosísima Sangre), y en una nota más abajo se especifica que el escrito es una especie de “Riflessioni sulle Regole della Congregazione da servire per la stesura del Breve per i Missionari del Preziosissimo Sangue” (Reflexiones sobre las Reglas de la Congregación para la redacción del Breve destinado a los Misioneros de la Preciosísima Sangre). En 5 puntos esenciales dice que: [1] La Congregación ha sido fundada por voluntad de la Santa Sede, como concretización de un deseo del Papa Pío VII para [2] abrir un nuevo campo pastoral al clero secular a fin de que [3] realizaran Misiones, [4] Ejercicios Espirituales, [5] y otras obras al servicio de los pueblos. A esto se suma el hecho de que los miembros de esta Congregación serán llamados a ser especialistas de la que con palabras modernas llamaríamos “teología de la sangre de Cristo”, en un contexto eclesial universal y particular. En efecto, el Misionero de la Preciosísima Sangre no puede eximirse de la colaboración con el obispo de la diócesis en la que se encuentra una casa de Misión.

II. Itinerario histórico del concepto de Misión en la tradición CPPS

La palabra “Misión” se repite muchas veces en los textos citados hasta ahora, pero ¿cómo la entendía Gaspar, a la luz del mandato que el Pontífice mismo le había dado? Para entenderlo nos serviremos de un texto que el P. Beniamino Conti² ha publicado hace algunos años con la intención de interpretar el espíritu del Fundador. Dice Conti:

“La Misión debe ser un llamado fuerte a la conversión y al crecimiento en la vida cristiana. Tal llamado viene a través de diversos elementos: la acción sobrenatural (asistencia divina, oración, penitencia), la organización previa a la Misión, y el orden en su ejecución (“Las misiones son como una máquina santa con forma de reloj”, escribe San Gaspar), el testimonio de una vida santa de parte de los misioneros, el anuncio de la palabra de Dios bajo diversas formas (homilías, fervorines, catecismos, etc.), las funciones.”

Sabemos, además, que cada misión dejaba frutos que había que seguir alimentando. Por eso, “dondequiera que san Gaspar iba a predicar una Misión, quería que se instituyeran asociaciones según las diferentes categorías de personas [...] y cada tanto los Misioneros visitaban los lugares donde habían hecho las misiones”.

Para que todo eso fuera factible era necesario estar libres de otros compromisos que pudieran impedir a los misioneros realizar tales ministerios. Es por ello que desde el

² Beniamino Conti, *L'apostolato nella Congregazione dei Missionari del Preziosissimo Sangue, studio storico dalle origini fino ai giorni nostri*. Ediciones Sanguis, Roma 1979.

comienzo se insistió en diversas ocasiones en aquella movilidad que en los años sucesivos sería causa de animadas discusiones.

Otro elemento que considero de fundamental importancia es el de la comunidad. No se puede entender un Misionero de la Preciosísima Sangre que no viva la dimensión de la vida comunitaria. Vivir juntos es esencial, y desde el primer momento representó un elemento totalmente novedoso en una época en la que era raro ver a sacerdotes diocesanos que vivieran esa dimensión. El 4 de julio de 1848, durante una reunión del Consejo General se confirma que “los lugares donde viven los nuestros deben llamarse *casas de Misión*”. Como si ello no bastara, se hace una lista de las casas que han de llamarse ‘casas de Misión’. De esta lista quedan excluidas las casas de los Estados Unidos que en bloque se definirán como “Misión”, ya que se encontraban en un territorio que dependía directamente de Propaganda Fide y respondían a una tipología eclesial distinta de la europea.

¿Qué características tenía que tener una casa para definirse como ‘casa de misión’? ¿Qué clase de apostolado desplegaba fuera de permitir a sus miembros sentirse libres para dedicarse a la predicación itinerante? El P. Conti continúa diciendo en su estudio que puede haber por lo menos cuatro tipos de casas de Misión. La *domus missionis*, típica residencia de los misioneros anexada a una iglesia, no parroquia, para las funciones religiosas; la *domus spiritualium exercitiorum*, que podía ser independiente de la *domus missionis* o unida a ella, y servía para los ejercicios espirituales. En la *domus convictum* vivían los que se preparaban para ser sacerdotes en la Congregación, y la *domus probationis* donde se entrenaban para los ministerios específicos del Instituto los jóvenes que ya habían terminado los estudios eclesiásticos pero también los sacerdotes jóvenes que pedían entrar en la Congregación.

A la luz de todo esto, no cabía la posibilidad de pensar en un miembro de la Congregación que viviera ‘por su cuenta’ o que hubiera casas desprovistas de miembros. Pero es probable que el hábito de crear situaciones en las que los miembros vivían fuera de las comunidades fuera bastante antiguo. Hasta tal punto que en la Asamblea General de 1896 se señaló esta actitud.

Las indicaciones que surgen de las Actas de esa Asamblea son totalmente claras: 1) los miembros que viven en parroquias diocesanas ayudando a los sacerdotes diocesanos y no en comunidades CPPS deben volver a la comunidad en el plazo de tres años; 2) las comunidades deben ser más numerosas y establecerse en ciudades y no en pequeñas aldeas. Todas estas disposiciones fueron ignoradas, hasta el punto de que el Visitador Apostólico tuvo que confirmarlas el 18 de diciembre de 1937, y hasta aconsejar qué casas cerrar, al menos en Italia, aunque sabemos que se estaba viviendo la misma problemática en la joven Provincia Teutónica y en algunas zonas de la Provincia Americana.

III. La historia evolucionaria

La situación que presenta Conti en su estudio histórico parece un sueño, pero sabemos por él mismo que mientras vivía todavía san Gaspar se había producido ya el caso “Carboneri”. Primer misionero de la Preciosísima Sangre enviado a evangelizar a no católicos, el p. Gaspar Carboneri fue nombrado párroco de Santa Maura y vicario foráneo de las Islas Leucadi con decreto de 22 de junio de 1826 emanado por Mons. Luis Scacoz, obispo de Cefalonia y de Zante. Le fue asignado como vicepárroco el dominico Mattia Abela. En este caso se aplicó el principio de ‘adaptabilidad’ típico de toda actividad misionera en situaciones especiales. El mismo principio que adoptó Brunner, como sostiene con razón el Padre Andrea Pollack en su obra “Francis De Sales Brunner...”. Algunas decisiones de

Brunner contaban no sólo con la aprobación del Gobierno central de Roma sino también con su apoyo decidido, como consta por la conferencia del Padre William Wolk durante la Asamblea General de 1989, en la que cita el siguiente texto del libro de Pollack:

Cuando a la muerte del padre Brunner, el 29 de diciembre de 1859, fue confirmado como Superior en América el padre Andreas Kunkler el 6 de junio de 1860, el superior General, padre Giovanni Merlini dijo: “el Padre Andreas no debe cambiar nada en absoluto sino cumplir todo lo establecido por el reverendo Brunner hasta nuevas disposiciones”.

Como sabemos, hubo muchos malentendidos al comienzo de esta obra misionera, debido a una profunda falta de conocimiento recíproco entre los dos lados del Océano Atlántico. Las únicas noticias que se tenían en Europa eran las que llevaban los hermanos en sus viajes desde los Estados Unidos a Roma. Se puede comenzar a hablar de internacionalización de la Curia Generalicia sólo a partir de 1928, cuando en el Congreso del 6 de agosto entra a formar parte del Consejo el Padre Isidoro Oberhauser. El Padre Giuseppe Schaeper, ex miembro del Consejo General, aunque había nacido en Maria Stein, Ohio, de hecho había entrado en la Congregación en Italia cuando tenía 15 años. Se había formado y ordenado en Italia, y en Italia pasó casi toda su vida. Y murió en Roma. La primera visita oficial a la Provincia Americana de parte de un Moderador General fue en junio-septiembre de 1932, lo que significa que cuando el General fue a América aquella unidad de la Congregación ya había cumplido 88 años desde la fundación. Sobre aquella visita el padre General escribirá

Sólo en el ámbito de las relaciones afectivas queda todavía un camino por recorrer para superar una cierta frialdad que proviene de la falta de encuentros y de la diversidad de caracteres. Corresponderá, pues, a la Dirección General atenuar las divergencias y fomentar la fraternidad.

En estas palabras de Velardi, un General poco conocido pero muy importante en la historia de nuestra Congregación, se percibe un gran amor a la Congregación. Amor que manifestará también cuando el Visitador Apostólico lo obligará a renunciar en el período quizás más trágico pero al mismo tiempo más fértil que nuestra Congregación haya jamás experimentado.

En mi opinión, el tiempo de la Visita Apostólica representa un verdadero tiempo de gracia para nuestra Congregación. Muchas cosas nacieron a partir de ese evento, infausto para algunos pero próspero para otros. Bien lo sabemos, a veces hace falta un sacudón para descubrir que hay que cambiar algo.

La Visita Apostólica comienza en un momento de gran crisis económica, legislativa y espiritual de la Congregación. La situación financiera era tan mala que se pensó en reducir el número de los seminaristas, una decisión interpretada como “llover sobre mojado”. Estamos a fines de los años treinta del siglo XX, cuando la crisis financiera mundial había alcanzado su nivel más alto. La Delegación italoamericana ayuda con algo, como también la Provincia Americana que, no obstante la crisis económica mundial, envía mil dólares anuales. Ya se había fundado el Vicariato del Brasil y se hablaba de una posible apertura en China.

Pero, por otro lado, la Congregación todavía no estaba aprobada oficialmente: el *Decretum Laudis* de 17 de diciembre de 1841 era un simple decreto de reconocimiento, sin la fórmula “*approbamus et confirmamus*”, típica de todo reconocimiento jurídico, como señala el mismo Brotini en las páginas 160 – 161 del texto “CPPS Heritage I”. Además, el Decreto original de 1841 y las constituciones aprobadas en aquella ocasión no se encuentran

en el Archivo General. Las normas añadidas en la edición impresa de 1881 después de cada artículo de las Constituciones bajo el título *Pro Praxi*, no fueron aprobadas por la Santa Sede y, por lo tanto, no tenían fuerza de Constitución. En 1922 se habían presentado dos ejemplares de nuestras Reglas con las modificaciones requeridas por el Código de Derecho Canónico de 1917, pero como la Santa Sede nunca había respondido se pensaba en una pérdida de los documentos. Finalmente, pero no por ello de menor importancia, el problema de la Casa de la Fundación en Giano que durante 75 años no había sido habitada por los miembros de la Congregación, quienes no sólo la habían perdido después de haber sido expulsados en 1862 por el Gobierno italiano sino que tampoco podían recuperarla³ porque, como se puede leer en las actas de las reuniones del Consejo General, para recuperarla se proponía escribir al Ministro de Culto, pero esta propuesta no podía partir de Italia porque todavía la Congregación no había obtenido el reconocimiento jurídico del Estado.

El reconocimiento jurídico de la Congregación por parte del Estado italiano llegará recién el 31 de marzo de 1932, publicado en la Gazzetta Ufficiale n. 100 de 30 de abril de 1932.

El 10 de noviembre de 1937, después de una larga y difícil reunión el Visitador suspendió todos los cargos. El 14 de diciembre, poco más de un mes después, la nueva Administración General guiada por el padre Lorenzo Colagiovanni prestó juramento. La Visita Apostólica afectará solamente a las provincias italiana y teutónica, si bien para la visita de la Provincia Teutónica el Visitador delegará al padre Otmaro Knapke, el cual tendrá que mantenerse en estrecho contacto con la Nunciatura de Berlín.

En el contexto de este taller sobre la Misión no me es posible detenerme mucho en este capítulo de nuestra historia, pero creo que vale la pena decir algo. En general, el cuadro trazado por las actas de las visitas, especialmente de la Provincia Teutónica, muestra una situación muy interesante para captar la realidad de ese momento histórico. Durante la reunión del Consejo General de 17 de octubre de 1938, el Padre Knapke presentó el siguiente informe:

Entre 1930 y 1936 entraron muchos estudiantes de teología que se ordenaron sin que se hubieran hecho averiguaciones previas, sin testigos, sin pruebas particulares. Los Misioneros no conocen la Regla, no se conocen entre ellos, no han asimilado el espíritu del Instituto, no hacen nada para propagar la devoción de la Preciosísima Sangre. Muchos sacerdotes viven por su propia cuenta fuera de las comunidades, trabajando como coadjutores en parroquias diocesanas, lo cual hace difícil que se conozca la Congregación. Otro problema es que los Misioneros son jóvenes y no están preparados para predicar.

Lo que se dice de la Provincia Teutónica podría decirse también, palabras más palabras menos, de otras zonas geográficas de la Congregación con situaciones muy parecidas. Por otra parte, problemas como los de la identidad CPPS, el conocimiento de nuestra historia y de nuestras reglas es algo que se ha debatido siempre y continúa debatiéndose aún hoy. En 1949 se discutía todavía sobre el título oficial de la Congregación.

³ Los CPPS fueron expulsados de Giano el 21 de enero de 1862, y la casa se cerró oficialmente en 1896. En 1914 se reanudaron las conversaciones para recuperarla, y recién el 27 de diciembre de 1937 la recuperaron oficialmente si bien oficiosamente ya se habían instalado a fines de noviembre de ese mismo año.

El 18 de octubre de 1942 terminó oficialmente la Visita Apostólica, dejando como fruto las nuevas Constituciones y el nacimiento de la Provincia Italiana. Una de las cosas de mayor relieve que se obtendrán a partir de las *Costitutiones* confirmadas en 1946 será la de la adscripción de los clérigos a la Sociedad y el abandono de la propia diócesis. Los Misioneros de la Preciosísima Sangre comenzarán a depender totalmente de la Congregación, perdiendo esa donación espontánea a la Sociedad mediante el vínculo de la caridad⁴.

El nacimiento de la Provincia Italiana permite a la Administración General una mayor libertad para ocuparse de las cuestiones internacionales de la Congregación, pero al mismo tiempo hace surgir el deseo cada vez más grande de buscar otra sede, que recién en 1953 se inaugurará. Las actas de las reuniones del Consejo General de esa época muestran cuánto tiempo ha dedicado la Administración General para discutir sobre las condiciones y el lugar para la sede de la Curia Generalicia. Entre tanto, el 1° de diciembre de 1947, con el voto unánime de todos los Consejeros Generales, se aprueba la propuesta de abrir un nuevo Vicariato en Chile.

Los años sucesivos representan para nuestra Congregación el comienzo de una fase muy interesante de nuestra historia. La idea de que las Provincias compartan la apertura de nuevas unidades en la Congregación recaba un consenso creciente. El mismo padre Luigi Contegiacomo será el que propondrá expresamente durante una reunión de Consejo la idea de que 2 ó 3 miembros de cada Provincia pudieran trabajar juntos.

La primera ocasión para una colaboración misionera entre provincias se presenta cuando el 29 de febrero de 1956 Mons. Geiger comienza a pedir ayuda para la Prelatura de Xingu. Se buscan hermanos voluntarios que vayan a colaborar con los miembros de la Provincia Teutónica que ya se encuentran allá. La elección recae sobre la Provincia Americana que, entre otras cosas, estaba pensando dividirse en dos o tres unidades, como ocurrió de hecho en 1965⁵. El peligro que corrían nuestros hermanos del Vicariato del Brasil era el de tener que renunciar a la Prelatura de Xingu y cederla a los padres de Maryknoll por falta de personal de parte de la CPPS.

Recordando el principio de la ayuda mutua entre las unidades de la Congregación, el General comenzó tratando de entusiasmar a los hermanos de la Provincia Americana, recurriendo después a formas más enérgicas para que fueran.

El 18 de marzo de 1956 llega a la Casa Generalicia una carta firmada por el Provincial y los cuatro Consejeros de la Provincia Americana, en la que explican en nueve puntos las razones por las que la Provincia Americana no tiene intención de mandar sus miembros a Brasil.

IV. Aires de cambio

Como he dicho al principio de esta exposición, en octubre de 1969 comienza la tradición de las reuniones de los Superiores Mayores. Inicialmente, los encuentros respondían a la necesidad de diálogo entre los Provinciales y el Moderador y su Consejo para revisar, ante todo, las cuestiones concernientes a la legislación de la Congregación. Se

⁴ Mario Brotini, *Inizio ed evoluzione giuridica della Congregación dei Missionari del Preziosissimo Sangue*, Roma 2001, p.207.

⁵ El 11 de enero de 1965 el General anunció que había recibido una carta fechada el 31 de diciembre de 1964 en la que se pedía que la Provincia americana se dividiera en tres Provincias. La solicitud fue aprobada unánimemente el 18 de enero de 1965.

trataba de actualizar los Textos Normativos a la luz de la gran experiencia del Concilio Vaticano II y de sus documentos. Si releyéramos en los borradores las partes relativas al “Apostolado” en la evolución de la formulación de los Textos Normativos encontraríamos todas las lagunas, incertidumbres e indecisiones que caracterizaron esos años.

En el orden del día de la reunión de Consejo del 15 de enero de 1976 figura, entre otros puntos, la venta de la Curia Generalicia, ubicada en Viale di Porta Ardeatina e inaugurada en 1953 después de 11 años de investigaciones, estudios y reuniones de todo tipo.

En realidad, aquel 15 de enero de 1976 fue sólo el comienzo de una larga discusión que se referirá no sólo a la sede del Moderador General y de su Curia, sino también a la Curia misma como tal. Con el pretexto de la pobreza, y en base a lecturas muy parciales de los documentos conciliares, la sede de la Curia Generalicia era vista como una “residencia lujosa” en Roma, de la que había que desprenderse porque no expresaba lo que el consejo evangélico de la pobreza requería. La alternativa era que se trasladara a Via Narni, sede de la Curia de la Provincia Italiana y de lo que quedaba de su Seminario Mayor. Una vuelta atrás respecto a las decisiones tomadas en los años cuarenta en los que se había pensado que era mejor dividir las diversas entidades.

Relacionado con el problema de la Curia Generalicia estaba el del Consejo General. El 21 de enero de 1978 el Consejo General comienza a reflexionar seriamente sobre su papel en la Congregación, continuando los debates iniciados el 26 de septiembre de 1977 durante la reunión de los Superiores Mayores. “Debemos justificar nuestra existencia”, fue la conclusión de aquella reunión. ¿Qué sentido tiene el organismo del Consejo General para la Congregación? De alguna parte había llegado la propuesta de que, dado que todos los años los Provinciales se reunían, se podía eliminar la figura del Moderador General y de sus Consejeros y crear en la Congregación una Confederación de Provinciales, dejando en Roma un Procurador que coordinara los encuentros, pero todas las decisiones relativas a la Congregación podían tomarse en la Reunión de los Superiores Mayores.

En este contexto comienza a abrirse paso la palabra “animación”, como tarea y misión principal de la Administración General. Personalmente, he encontrado esta palabra pronunciada con todas las letras en la reunión del 26 de septiembre de 1977. Por fin, la Administración General comienza a presentarse como motor propulsor de la obra unificadora de toda la CPPS, desde el punto de vista de la acción misionera.

Durante el generalato del Padre Schaefer se discutió muchas veces sobre el papel de la Curia y sobre los hermanos que debían vivir en ella. Era evidente que faltaba ese sentido de identidad mínimo que permitiera a los interesados comprometerse con la función que se les encomendaba. En una palabra, se buscaban razones válidas que justificaran la existencia del organismo. En esta reflexión estaban también otras Congregaciones, no sólo la nuestra, como lo demuestra el nacimiento de la Asociación de Miembros de las Curias Generalicias como espacio de encuentro e intercambio de experiencias e ideas.

V. La nueva era

En julio de 1983 (del 11 al 16) se celebra en Roma la XIII Asamblea General Ordinaria en la que se elegirá como Moderador General al Padre Anton Loipfinger. La herencia que recibe el ex Provincial de la Provincia Teutónica no es de las más fáciles. Durante su mandato algunos Consejeros renunciarán, pero en el período de su Gobierno de 12 años comenzará (principalmente en el segundo mandato 1989 – 1995) la que me complazco en definir como

una nueva era en la historia reciente de la Congregación. En realidad, todas las reflexiones que estamos haciendo ahora encuentran sus orígenes en las múltiples reuniones y encuentros que se hicieron durante su mandato.

Desde 1983 hasta 1995 se celebrarán 3 Asambleas Generales y 9 Reuniones de Superiores Mayores. Salvo las Asambleas de 1989 y 1995 que fueron “*de electione*”, imposible no recordar la Asamblea especial de 1986 durante la cual se aprobaron los Textos Normativos. De las 9 Reuniones de Superiores Mayores no podemos no recordar la de julio de 1990, celebrada en Salzburgo, durante la cual se trató el tema de la Misión en el ámbito de la Congregación. Si bien es cierto, por un lado, que en enero de 1992 se habló en Valdivia del Programa de Formación, también es verdad, por otro, que las reflexiones sobre el tema y la teología de la Misión ocuparon un espacio predominante. Por último, pero no de menor importancia, está la reunión de septiembre de 1994 en Cáceres, donde se volvió sobre el tema que estamos tratando. Vayamos por orden.

La segunda fase del período de Loipfinger se abre, creo, con las palabras que Juan Pablo II pronunció el 19 de octubre de 1989. A los capitulares reunidos para la elección del General el Papa les dijo, entre otras cosas, que el Misionero de la Preciosísima Sangre debe ser la palabra que golpea en todo corazón humano para que se abra y reciba al Salvador. Palabras que, además de despertar o mantener despierto el espíritu misionero que está vivo en el corazón de todo miembro de la CPPS, recuerdan también el desafío al que ningún hijo de San Gaspar se puede sustraer.

Haciéndose eco del mensaje de la Asamblea General, el Padre Loipfinger volverá sobre el mismo tema en la Reunión de Superiores Mayores que se tuvo en Salzburgo del 23 al 28 de julio de 1990. El Padre Anton indica tres puntos fundamentales en la reflexión sobre la Misión, que define como “*principios operativos*”, a saber: 1) prioridad de la proclamación de la Palabra (por el mandato de Cristo ‘*id y anunciad*’ y el hecho importante de que en el mundo hay una grande hambre de la Palabra de Dios); 2) el misterio de la sangre de Cristo (el misterio del sufrimiento nunca se resuelve, el mensaje de la sangre de Cristo es que el Hijo de Dios ha aceptado el camino del sufrimiento por amor a los hombres. El mensaje de la redención en la sangre de Cristo es un mensaje de solidaridad y de esperanza); 3) la comunidad misionera (la dimensión comunitaria es parte integrante del discipulado, la comunidad es el primer lugar para experimentar y vivir los valores del evangelio).

Cronológicamente, y también lógicamente por sus contenidos, al encuentro de Salzburgo 1990 seguirá el de Valdivia 1992. Los Superiores Mayores, reunidos en Chile del 13 al 17 de enero de ese mismo año continuarán tratando el tema de la “Misión” iniciado por la Asamblea General de 1989. Conforme a lo que ellos mismos escriben en el mensaje que tradicionalmente se envía a la Congregación como síntesis del encuentro, su deseo era subrayar que si bien en Salzburgo se había tratado el tema de la Evangelización según el Mensaje de la XV Asamblea General, lo que se había decidido allí era tratar el tema de la identidad misionera: “*reunirnos en Chile para subrayar la conciencia de nuestra vocación misionera de hoy*”, como se lee en uno de los pasajes del mensaje final.

Por los recuerdos escritos de esa reunión sabemos que los Superiores Mayores dedicaron los días 15 y 16 de enero a reflexionar sobre este tema. El miércoles 15 de enero se dieron dos conferencias, una del Padre Segundo Galilea, teólogo chileno, y la otra de nuestro Padre Robert Schreiter. El jueves 16 de enero fue dedicado a los trabajos de grupo y a otras programaciones. El aporte del Padre Segundo fue el de ayudar a nuestros superiores en la reflexión sobre la vida de Cristo como ejemplo y modelo de la vida misionera. La conferencia del Padre Schreiter se centró más en la historia de la Misión y en los modelos

misioneros que se fueron perfilando en el curso de nuestra historia (movilidad, flexibilidad y adaptación).

La imagen seguramente más elocuente que surgió en el encuentro de Valdivia, con la que se proponía sintetizar toda nuestra obra misionera, fue la del puente. “Ser constructores de puentes”, es el desafío más grande que tiene que tener presente todo seguidor de Gaspar.

La cuarta parte de esta larga reflexión iniciada en la Asamblea General de 1989 la encontramos en la reunión de Cáceres de 1994. Del 18 al 25 de septiembre los Superiores Mayores se reunieron nuevamente para reflexionar sobre estos temas. El 22 de septiembre, tras una breve relación del Padre Barry Fisher que había presentado una síntesis del artículo del jesuita Micael Amaladoss sobre el tema “The Religious in Mission”, se formaron grupos de estudio en los que surgió la exigencia de dedicar la Asamblea siguiente al tema de la Misión. Dicho y hecho, la Asamblea más cercana a la reunión de 1994 fue la de 1995 que, técnicamente, significó la terminación del período de generalato del Padre Loipfinger, pero carismáticamente marcó una continuación de ideas; no una ruptura, sino una especie de consolidación. De la XVI Asamblea General, la de 1995, el lenguaje de nuestra Congregación salió enriquecido con palabras tales como “subsidiariedad e interdependencia en la colaboración entre las Provincias”, pero también comenzó a hacerse sentir con fuerza la palabra “internacionalidad”. La Asamblea de 1995 logró captar los elementos esenciales que vibraban en ese momento en toda la Congregación. Se percibió claramente que los tiempos habían cambiado y que era necesario emprender ese camino nuevo que seguimos recorriendo hasta ahora con coherencia de intenciones. El otro elemento que la Asamblea logró dejar bien en claro era el de reconocer que somos una sola Congregación y que ninguna unidad puede sentirse excluida. “Trabajar juntos”, y crear conciencia de esto por medio de encuentros, seminarios, intercambio de personal entre una unidad y otra. Pero esta reunión de 2009 no hubiera sido posible si en la coherencia de intenciones que ha caracterizado el período 1995 – 2007 no hubiera estado la gran Asamblea General Especial de 2004, la cual ha dejado como reto para el futuro la razón verdadera por la que estamos reunidos en esta sede. Nadie puede sentirse exento de dar su contribución, y quien tiene más experiencia está llamado a colaborar más para no traicionar el lema “Congregavit nos Dominus in unum” que forma parte de nuestro patrimonio.

Conclusión

En el marco de su cometido todo historiador sabe que su investigación debe caracterizarse por una doble función. La primera es la de narrar los hechos de la manera más objetiva posible, tratando de ser imparcial en la lectura y el relato de los mismos. La segunda es la de ayudar a reflexionar sobre los datos expuestos. Personalmente, he tratado de equilibrar estos dos aspectos esenciales, dando a veces más importancia a uno y otras veces al otro. En mi investigación y en mis reflexiones me he dejado llevar por las fuentes que, de todas maneras, he tenido que limitar por razones de brevedad pero sin desmedro de la información. En el fondo, la finalidad de la exposición era prevalentemente informativa, pero sin olvidar el aspecto científico.

De lo expuesto, es evidente que después de una fuerte energía inicial, la Congregación se ha ido orientando con el pasar de los años hacia otros horizontes que si bien no la han alejado del todo de la fidelidad a su carisma inicial la han frenado en su evolución. Replegada sobre sí misma y confundida a veces por otras prioridades, durante

muchos años nuestra Congregación no ha dado a sí misma y a la Iglesia los frutos genuinos que constituyeron su peculiaridad en los orígenes. A veces, relejendo los hechos pasados, parece que el viento de la historia y las preocupaciones del momento y de los lugares en los que se ha desarrollado, han alejado nuestra Congregación del núcleo inicial que la caracterizaba y le daba una fisonomía propia en un contexto eclesial más general. A lo cual se añade la descentralización cada vez mayor que se ha ido dando en el curso de los decenios y que en ciertos períodos ha prevalecido tanto que cabía preguntarse si en las distintas unidades se estaba hablando de la misma Familia de san Gaspar. Todos éstos son problemas reales que en parte se han afrontado pero que todavía requieren soluciones definitivas.

La realidad es que la Congregación como tal no ha llegado a producir un estilo misionero propio. Es evidente que los diversos intentos locales, las inculturaciones, las adaptaciones, las relecturas deben confluír en una única visión de conjunto para crear ese modo de ser que nos hace únicos y que nos caracteriza en la Iglesia como en el tiempo de la fundación. No se buscan teorías sino hechos concretos, porque se vive en un mundo real que busca respuestas concretas.

Releyendo algunos casos de miembros que han abandonado la Congregación, me ha llamado la atención de modo especial uno que ha recibido el indulto de salida definitiva no hace mucho. Entre las razones de su petición, escribe lo siguiente:

“Jurídicamente y en los hechos la finalidad de la Sociedad es muy genérica; el apostolado de un miembro de la CPPS no se diferencia del de un sacerdote diocesano. [...] Muchos de los miembros de la CPPS viven solos. [...] Cuando yo hice la promesa de fidelidad, era demasiado idealista. No tenía una experiencia de la vida comunitaria de la CPPS.”

No se trata de buscar culpas o justificaciones, pero como este hermano hay muchos otros, que ya salieron o que están todavía dentro, que podrían decir lo mismo. El 2 de junio de 1987 el padre Loipfinger, después de haber visitado las Provincias del Pacífico y de Kansas dijo:

“De mi visita he aprendido la importancia de estar con los miembros, la visita no es sólo un acto formal. [...] En el Apostolado de la Provincia hay necesidad de mayor coherencia para que, sobre todo los jóvenes, puedan ver sus expectativas sobre el camino que la Provincia emprende”.

He citado estas palabras pronunciadas en una situación específica, pero creo que son válidas también en un ambiente más general. Es urgentemente necesario que las Provincias se reúnan para conversar, proyectar y ejecutar una estrategia común que represente una especie de directriz apta para orientar lo específico de cada lugar y cultura donde se aplicará.

A partir de la Asamblea General de 1989 se han comenzado a dar algunos pasos que poco a poco nos han ido conduciendo, después de veinte años, a este punto de nuestra historia. Creo que éste es un momento histórico destinado a ser recordado en la medida en que logrará dar los frutos que todos esperamos en la fidelidad a nuestro carisma y para el bien de toda la Iglesia.

Preguntas para el discusión

P. Emanuele ha presentado una breve reseña de cómo la "misión" ha sido entendida por la CPPS a lo largo de su historia. Nuestro debate se centrará en nuestra historia contemporánea (lo que él llamó la "Nueva Era") mirando a las ideas que nos vienen de nuestros dos últimos moderadores de pasado reciente.

- El P. Anton Loipfinger nos legó algunos principios operativos de la misión:
 - 1) Proclamación de la Palabra
 - 2) La redención en la sangre de Cristo como un mensaje de solidaridad y esperanza
 - 3) Ser una comunidad misionera
- El P. Barry Fischer, a menudo ha descrito la misión de la CPPS en términos de "responder al grito de la sangre."

Al considerar la Misión de la CPPS hoy- puede Vd. sugerir un concepto importante o principio operativo que le parece esencial?

¿Existe una imagen o idea que exprese mejor la misión de la CPPS hoy? (Al igual que la imagen de "*constructor de puentes*" propuesto en el MMS en Valdivia, en el '92.)